

ANTHONY BLOOM

**AL ATARDECER
DE LA VIDA**

Cuando la muerte reclama sentido
y la enfermedad acompañamiento

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán
de la edición italiana *Alla sera della vita*

© The Metropolitan Anthony of Sourozh Foundation, 2011

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1779-6

Depósito legal: S. 1233-2011

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

I. EL SENTIDO DE LA MUERTE

EL ENCUENTRO CON LA MUERTE

A modo de introducción 11

TIEMPOS Y MODOS DEL ENCUENTRO 15

Quedar huérfanos 19

La enfermedad y la vejez 22

La vida del difunto y nuestra vida 24

CRISTO Y EL CRISTIANO ANTE LA MUERTE 29

Cómo afrontar nuestro final 30

La memoria de la muerte 39

Cristo da sentido a su propia muerte 47

De Cristo a los cristianos 52

LAS REALIDADES ÚLTIMAS

Preguntas y respuestas 61

II. A LA CABECERA DE UN ENFERMO

ENTREVISTA CON EL PADRE SERGEI HACKEL	69
Silencio, acompañamiento y escucha	72
Enfermedad y sacramentos	81
Ante la proximidad de la muerte	85
Ante una muerte imprevista	93
Enfermos creyentes y no creyentes	98
Las plegarias de los oracionales y de los santos	103
Sobre la confesión	106
Acompañar a los familiares	108
El acompañante frente a su propio miedo	114

I

EL SENTIDO
DE LA MUERTE

EL ENCUENTRO CON LA MUERTE

Mi primer recuerdo de la muerte se remonta a mi infancia. Una tarde, cuando vivíamos en Persia, acompañé a mis padres a conocer una rosaleda que gozaba de merecida fama por su belleza. El dueño, que nos había invitado, nos recibió en la puerta, rodeado de su familia y los empleados. Tras recorrer en su compañía aquel hermoso jardín, nos invitó a cenar; no en vano, en aquellos países la hospitalidad tiene una alta estima. De regreso a casa, comentamos la exquisita cordialidad, la extraordinaria y sincera alegría con que habíamos sido agasajados.

Al día siguiente nos enteramos de que, mientras nosotros paseábamos admirando las flores y disfrutábamos de la cena, mientras nuestro anfitrión nos obsequiaba con la finura propia de la hospitalidad oriental, en otra estancia de la casa yacía el cadáver de su hijo, asesinado pocas horas antes.

Este episodio hizo nacer en mí, a pesar de mi corta edad, un fuerte sentido de lo que es la vida y

la muerte; pero también del trato que las personas deben dar a los otros, al margen de las circunstancias por las que se esté pasando.

El segundo recuerdo se remonta al final de la Primera Guerra mundial. Dos muchachas dialogaban. El hermano de una, que era el novio de la otra, acababa de caer en el frente. En cuanto la novia supo la noticia, había ido corriendo en busca de su amiga, la hermana del joven, para decirle: «¡Alégrate! Tu hermano ha muerto como un héroe, luchando por la patria». Una vez más, se me reveló la grandeza del alma humana, su capacidad para afrontar no sólo la vida con sus peligros, sufrimientos y adversidades, sino también la muerte en su desnuda crueldad.

Un recuerdo más. Siendo aún muy joven, volvía yo a casa después de un campamento de verano. Mi padre salió a recibirme y, tras saludarnos, me preguntó con preocupación cómo había transcurrido el campamento. «Tenía miedo de que te hubiera sucedido cualquier desgracia», me confesó. Con la insolencia típica del adolescente, le pregunté: «Pero ¿qué creías, que me iba a romper una pierna o el cuello?». Él, con toda la seriedad del mundo y con su discreta sonrisa característica, me respondió: «No, eso no habría tenido mayores consecuencias. Lo que temía era que llegaras a perder la integridad del alma». Y añadió: «Recuerda: estar vivo o

muerto no es lo más importante. Lo que realmente cuenta, lo que debe contar para mí y para los demás, son *las razones por las que vivimos y la causa por la que estamos dispuestos a morir*». Estas palabras me enseñaron, otra vez más, a valorar la vida y me mostraron cómo ha de situarse uno ante la muerte. Esas palabras no fueron más que una nueva interpe-lación para aprender a vivir: vivir esperando la propia muerte como un muchacho espera a su novia, vivir en espera de la muerte igual que se espera a la persona amada, vivir esperando a que se nos abra la puerta. Porque si Cristo es la puerta que se abre hacia la eternidad, él es nuestra muerte.

Estas palabras, que deberían ser meditadas con mucha mayor profundidad de la que yo soy capaz de transmitir, las he vivido durante la Semana Santa con enorme intensidad en mi corazón. Así, en la celebración pascual del bautismo se proclama el pasaje de la Carta a los Romanos que declara que hemos sido sepultados en la muerte de Cristo para poder resucitar con él. Esta misma idea queda subrayada en la Segunda Carta a los Corintios cuando se afirma que llevamos en el cuerpo la muerte de Cristo. Sí, él es la muerte, él es la vida y la resurrección.

He reservado para el final el último recuerdo que conservo de mi padre antes de que falleciera. Mi padre era un hombre tranquilo, de pocas palabras.

Sólo muy de cuando en cuando conversábamos. En Pascua se sintió mal y tuvo que guardar cama. Sentado a su cabecera, pude conversar por primera vez con él con total franqueza. No era tan importante lo que decíamos como la apertura de nuestra mente y de nuestro corazón, hasta el punto de que las puertas se abrieron. El silencio adquirió en aquel instante la misma profundidad y transparencia que sólo poseen las palabras. Cuando tuve que marcharme, me despedí de todos los que estaban en la habitación excepto de mi padre, porque me pareció que, después de habernos encontrado tan íntimamente, ya nunca podría separarme de él. No nos dijimos «hasta luego», y menos aún «adiós». Nos habíamos encontrado y era ya para siempre.

Murió aquella misma noche. Me lo comunicaron y volví del hospital donde trabajaba. Recuerdo que entré en la habitación y cerré la puerta. Nuevamente experimenté la calidad y profundidad de un silencio que era muy distinto de una simple ausencia de sonidos. Se trataba de la esencia del silencio, ese silencio que el escritor Georges Bernanos ha descrito como «el silencio que en sí mismo es presencia». Sentí entonces la verdad de sus ajustadas palabras: «Y todavía hay quien dice que existe la muerte... ¡Qué error!».